

LA LECCIÓN QUE APRENDIÓ MAMA

Por MERYLE CUMBO

"TE ruego que nos cuides en el viaje a mamá, a Doris, a Dana y a mí. Ayuda a mamá a conducir bien. Bendice a papito, y envía mucha gente a sus reuniones. Amén".

Donaldo se puso de pie y le sonrió a su papá. "Ahora, papito -dijo-, dame un buen abrazo, y dale un abrazo a Dana, otro a Doris y un besito a mamá".



Acababa de terminar el fin de semana que habían pasado con el papá en el pueblo donde él estaba dirigiendo reuniones evangélicas. Doris miró a su alrededor en la pieza del hotel.

-Creo que tenemos todo -comentó-. Vamos.

Donaldo se asomó por la ventanilla cuando el auto arrancaba.

"Adiós, papito -se despidió-. Escribenos, porque necesitamos muchas cartas tuyas".

- ¡Oh! -suspiró la Sra. García mientras dejaban atrás las casas de campo de la orilla del camino-. Si no tuviéramos que viajar a tanta velocidad, podríamos venirnos todos los fines de semana a estar con papá.

-De cualquier manera, mamá, tenemos suerte de contar con buenos caminos, y además, no hay mucho tránsito -observó Doris, mirando como pasaban los palos del alambrado. En eso se inclinó para ver el velocímetro-. ¿No estás yendo demasiado rápido, mamá? -le preguntó.

La Sra. García echó una mirada al indicador rojo que marcaba la velocidad, y aminoró un poco la marcha.

-Yo sé que estoy andando demasiado rápido, querida -admitió-, pero una vez que nos separamos de papá, quiero llegar a casa cuanto antes.

Los niños cantaron coritos con la mamá y repitieron versículos de memona, pero aun así el viaje se les hacía largo. Sin darse cuenta, la Sra. García volvió a apretar el acelerador, y el carro comenzó a correr cada vez más rápido por la carretera. De pronto cruzaron un puente.

-¡Mamá! ¡Mamá! ¡El perrito! -gritó Donaldo-. ¡Cuidado con el perrito!

La Sra. García apretó el freno y el carro se detuvo, pero no lo bastante pronto.

- ¡Lo lastimamos! -dijo muy afligido Donaldo-. ¡Lo lastimamos!

La madre saltó del carro y corrió hasta donde estaba el perrito aullando. Cuando se agachó para verlo, no pudo contener las lágrimas.

- ¡Oh, pobre animalito! ¿qué puedo hacer por ti? -dijo muy apenada-. No tengo corazón para dejarte aquí. Te quebré las patas traseras.

De la dirección opuesta venía roncando un camión gasolinero. Cuando el conductor vio a la señora arrodillada al lado del animal lastimado, detuvo su camión y cruzó la carretera para ayudarla.

-No se aflija tanto, señora -le dijo bondadosamente-. El perrito está enfermo de todos modos. Mire, está sarnoso.

Como la Sra. García tenía los ojos llenos de lágrimas, no lo había notado. Mirando entonces al camionero, le preguntó:

-¿Lo llevaría Ud. hasta el próximo pueblo, a un veterinario, para que lo haga dormir? Le estaré muy agradecida -le aseguró.

Cuando la señora volvió al carro, tres caras llorosas la miraban.

-Le rompí las dos patas traseras -dijo muy apenada.

-¿Pueden arreglarle las patas, mamá? -preguntó esperanzada Doris.

La mamá sacudió la cabeza.

-El camionero notó que, de todos modos el perro estaba enfermo. Si trataran de curarlo, sólo sufriría, y al fin moriría -explicó la mamá-. De modo que resolvimos que un veterinario lo hiciera dormir.

A Doris le dolió el corazón al ver que su madre se cubría el rostro con las manos y lloraba.

-Mamá, no llores, no llores -le rogó-. Tal vez es mejor que lo atropellaste. Así no tendrá que sufrir más.

La Sra. García se enjugó los ojos

-Tienes razón, querida, pero lo hice sufrir más cuando le rompí las patas -dijo y volvió a secarse las lágrimas-. El pobre animal tiene que sufrir por que yo desobedecí. Iba más rápido de lo que debía.

Cuando volvieron a emprender viaje, Donald se recostó en su asiento y se quedó mirando afuera.

"Cada vez que desobedezco debiera sentirme tan mal como mamá -pensó-, porque cuando yo desobedezco, Jesús sufre".

Y volviéndose miró por la ventanilla de atrás adonde había estado el perro. "Pobre mamá. Aprendió una triste lección -dijo-, y yo también aprendí una".